

# Carta a Dámaso Pérez Prado

*Ramón Fernández Larrea*

ÁRTICO MAMÍFERO DÁMASO PÉREZ PRADO:

Después de todo, haber nacido en Matanzas no te salió del todo mal. Matanzas es una ciudad de la que uno nunca espera que salga gente revoltosa a poner el mundo patas arriba, y mucho menos a darle a la cadera de lo lindo. Matanzas es así como más suavecita, linda y pausada en su recostadera al mar. Y su gente parece que ha pasado toda por el Parnaso a tomarse un té frío y calmarse.

Yo conozco ciudades más endiabladas. Y matanzas más terribles.

Y si hubieras nacido en este momento, a lo mejor tu roña tuviera cierta razón después de que un genio le ha puesto a tu bahía ese adorno de pedraplén que suena a herpe. Herpespéntico. Dicen que eso se le ocurrió al herperador.

Pero uno no nace donde nace, sino donde le encuentra el huevo al jején. Y los hay también que empiezan a nacer de los sitios a los que nunca vuelven o a los que no los dejan regresar. Y no quiero en este momento hacer todo un nacimiento con tu figura, que ya el pesebre está repleto y sobredimensionado.

Es posible que ahora sí se entienda la frase esa tan aaahhá de «qué duro se ha puesto el mambo». Y no es que la burlita del Benny me haga pensar, mambeando y teniendo en cuenta tu estatura, que se pueden coger mambos bajitos. No. Es otra cosa. Más difícil. Que no es momento para agarrar al rabino por la soja.

La cosa en sí son como tres cosas en no. Y mi preocupación se cae de la mata no solo por lo del mambo mangüé, sino por un par de idioteces que han sucedido con él. Que pasarse la vida haciendo algo que uno cree haber inventado y que otros digan que no fue uno quien lo inventó debe provocar leves hemorroides mentales, digo yo. Y también de que alguien diga, de pronto, que «la revolución del mambo fue que las parejas empezaron a bailar separadas. El baile dejó de unir al hombre y la mujer».

Hasta ahí la cosa no llega a hemorragia, aunque tiene su veneno de ratas. Hasta el abate Farías me daría la razón cuando digo que todas las revoluciones destoletan. Y si hay una como la tuya, que solamente separa a la pareja, ya es como una revolución de hojalata, de macramé, de poner en la estantería. Que las hay que no solamente desguabinan familias enteras, sino capaces de

cuartearte el cuerpo de un modo que no te vuelves a encontrar las huellas digitales. Pero eso ya depende de los metales que tú le metas al comienzo. Y si le subes la parada con otros instrumentos, no queda ni donde amargar la chiva. Se quema hasta el director, de la batuta a los mocasines.

Y fíjate que he estado hablando constantemente de «la cosa». Y «la cosa» puede ser el mambo, y en algún que otro momento el mambo es otra cosa. De ahí toda la confusión que me convierte en un perfecto perplejo, que es como un vello del plexo y no del pubis. Porque en lo de «dejar de unir al hombre y la mujer», si es solo moviendo el esqueleto, entonces es tu mambo. Si la cosa termina en luz brillante y fósforos, ya es otro mambo el culpable de la escisión.

Hay que dejar muy clara la diferencia entre mambo de bailar y «cosa», aunque haya mambo de bailar y cosa de balar, porque hay cosas que te lanzan a gritar también uuuuh húuu aaaah. Hay que tener clarísimo que cuando se dice que el mambo está muy duro, no es lo mismo que soltar aquello de que el mambo está encendió, aunque para las dos cosas el cubano ponga los ojos en blanco. La cosa en sí se multiplica y se dispersa. Son dos cosas que es una. Y está «la cosa» en general, y «la cosa» en impávido singular, que puede ser desde un abrelatas a un mambo.

«La cosa» nos acosa, y de la otra, si hay, será en área dólar. Y ya nos cosificamos la vida. Así que mejor pasamos a otra parte del informe o a otro orden de cosas o a otra cosa, mariposa. Que no por comer carne eres cocodrilo.

Si tenemos muy claras las definiciones, creo que en la Isla te ha salido un imitador. Posiblemente él lo niegue, porque el gallo es patón hasta en ruso. Y en ruso, patón quiere decir después, que en su lenguaje particular sería algo así como nunca. Y a lo mejor tú no lo ves tan claro como yo, o verás mi comparación un poco a lo Steve Wonder, pero me da lo mismo y me resbala. Mira para acá, Cepero:

Tú llegaste a La Habana y entraste al Casino de la Playa, haciéndole arreglos a Orlando Guerra, *Cascarita*. Tu imitador llegó a La Habana armando guerra y borró del mapa los casinos, puso la playa mala y sus arreglos nos tienen comiendo cascaritas. De piña o de bambú, que eso depende de la siembra.

Tú te fuiste a México y pusiste al gente a bailar de lo lindo. Él lo hizo al revés. Vino de México y puso también a bailar a la gente, pero con la más fea. La mayor parte de las veces uno se queda tieso y el ritmo es una bazofia.

Tú, en el mambo, te la jugaste a la síncopa. Tu homólogo tiene a la gente sin jugar y en muchas ocasiones sin copa o de copa caída. Copándonos los copones.

Tú te diste cuenta de lo importantes que son los trompetas. Él también.

Tú pusiste a la pareja a bailar separada, cada uno por su parte. Y los pasitos se dan hacia adelante y hacia atrás. Él lo perfeccionó quitándole los de adelante. Y ¿las parejas?, bien, gracias. Son azule y de contramaetre.

Tú te mandabas a hacer las chaquetas y los trajes especiales, sin costura en la espalda, por eso se te veían los hombros caídos. Él también se los manda fabricar. Nosotros andamos sin costura, con los caídos sobre los hombros.

Tú dijiste que eras el creador de eso y en realidad era una idea ajena. El que te digo lo cocinó todito él mismo, pero le echó la culpa a otro.

El Benny se preguntó en un mambo «¿Quién inventó esta cosa loca, quién inventó esta cosa loca?». Ahora hay once millones de Bennys preguntándose lo mismo.

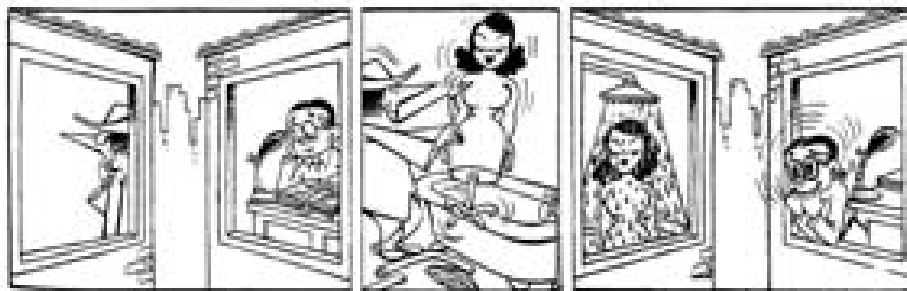
Claro que tiene sus cosas distintas a ti. Como que mete unos solos de piano demasiado largos. Y que a ti te bastaban 14 buenos músicos cuando él necesitó de 82 para arrancar. Y que el tiburcio ha hecho muchísimos más discos que tú, con peor letra, eso sí. Aunque los tuyos eran de 33 revoluciones y éste, con una, ha dado más vueltas.

Pero si hay algo que los asemeja es que los dos ritmos son demasiado agitados y te sacan del fondo de la tripa ese grito seco, amenazante, ríspido, que no sé por qué siempre me recuerda el cuento de la cotorra y el tabaco.

Y antes de cerrar, quiero agradecerte de todo corazón el cabo que le tiraste al Benny. Que en Cuba, para mí, han existido tres cosas muy grandes: Martí, el Benny Moré y un bache que había en San Leonardo esquina a Porvenir.

Mamboleteando con la cosa, no reposa,

RAMÓN



El hombre siniestro

Prohías